

Todos de pie:

## Amigos y enemigos,

por Darío Sztajnszrajber

¿Quiénes son nuestros amigos? ¿Los que piensan como nosotros? ¿Aquellos con los cuales podemos establecer algún tipo de igualdad, de semejanza? ¿Aquellos con los que compartimos la misma escala de valores, la misma concepción del bien?

¿Esos son nuestros amigos? ¿Los semejantes? ¿Aquel con quien coincido casi en todo? ¿Ese otro “yo”, que como un espejo, devuelve mi propia imagen?, ¿me sirve de reflejo para profundizar mi forma de ver el mundo?, ¿me hace seguir constituyéndome tal como soy?

Montaigne decía que la amistad es la fusión de dos voluntades en una misma unidad moral y espiritual. Dos almas que se fusionan. Cuatro ojos, pero una misma mirada sobre las cosas. ¿Quiénes son nuestros amigos? ¿Aquellos con los que de antemano me puedo fusionar en una unidad? Si para que haya amistad, tiene que haber semejanza, ¿quién debe asemejarse a quién? ¿Él a mi o yo a él? Y cuando se produzca la fusión, ¿qué me va a diferenciar del otro? ¿A quién no entenderé? ¿Cuál seguirá siendo mi misterio?

¿Quiénes son nuestros amigos? ¿Los que piensan como nosotros? ¿Los que piensan que piensan como nosotros? ¿Aquellos que pensamos que piensan como nosotros? ¿Los que se consideran como nosotros o los que consideramos como nosotros? ¿Quién impone el “nosotros”? ¿Quién “piensa”?

Aristóteles decía que además de semejanza, entre dos amigos tiene que haber reciprocidad. La amistad es un acto de intercambio, pero de intercambio justo: si doy es porque recibo. De allí la necesidad de semejanza: solo quiero recibir aquello que tenga que ver conmigo. Y de allí el carácter contractual de la amistad: la reciprocidad justa no es más que un contrato económico. Siempre estoy “dando” a cambio de “algo”. Y de un “algo” que deseo. Mis amigos son mis semejantes, mis amigos son aquellos con los que establezco una relación de reciprocidad. Soy solo amigo de mi mismo puesto en el otro. Mis amigos son la proyección de mi yo. ¿Qué proyecto en el otro? Mi propia concepción del bien, visión de lo real, escala de valores, sentido del mundo. ¿Proyecto o impongo? ¿Semejantes o asemejados? ¿Reciprocidad o egoísmo?

¿Para qué quiero tener amigos de este modo? ¿Para someterlos? ¿Para tranquilizarme? ¿Para contenerme? ¿Para dejar de incomodarme? Mi errancia existencial se disipa si nada me resulta extraño, mi miedo a lo desconocido se atempera si a todo lo construyo cognoscible, mi ruptura esquizofrénica se reconcilia si mi otro “yo” siempre es el mismo yo fotocopiado. ¿Para qué quiero tener amigos de este modo? Para justificar mi fanatismo. Los fanáticos son amigos entre sí. Todos comparten la misma concepción del semejante.

Se “asemejan” los que piensan que todo árabe es antijudío con los que sostienen que todo judío es antiárabe. Se “asemejan” los que piensan que no hay otra solución al conflicto que la guerra. Se “asemejan” los que “asemejan”, y consideran que las decisiones políticas del actual gobierno del Estado de Israel, son sinónimo del carácter colectivo del pueblo judío. Se “asemeja” aquel que “asemeja” a Israel con genocidio, con aquel que “asemeja” al Islam con la negación de la Shoá. Se “asemeja” aquel

supuesto ex judío que renuncia a su judaísmo en nombre de su rechazo a las políticas del actual gobierno del Estado de Israel, con aquel supuesto “mejor judío de todos” que defiende acriticamente toda decisión de Olmert. Los fanáticos son amigos entre sí. Comparten su apego a la semejanza. Necesitan extremizarse para escapar de sus contradicciones. No buscan, cercenan. No dudan, encuadran. No perciben, encasillan. Rozitchner y compañía sostienen que la guerra hace que ser judío y ser masacrador se vuelvan sinónimos. Birmajer y compañía dicen que todos los árabes viven mejor en la Israel moderna y democrática, que en sus territorios. Los fanáticos se asemejan, no toleran al otro porque no se toleran a si mismos.

Los medios de comunicación quieren tener muchos amigos. Crean semejanzas. Buscan reciprocidad. Necesitan todo el tiempo recrear la historia de David y Goliat, asemejar cualquier conflicto a una contienda entre los buenos y los malos. Pero por sobre todas las cosas, necesitan simplificar la realidad, maniqueizarla, quitarle los contrastes, hacerla “light”, digerible. Y es difícil de entender que los buenos y los malos no responden a bandos contrapuestos, sino que, hay buenos y malos mezclados por todos lados. Las películas de cowboys, las historias de guerra, los relatos sobre delincuencia urbana, necesitan protagonistas firmes y detectables a primera vista. El show es la repetición sistemática de la pelea entre Dios y el Diablo. No importa a quien le toque el traje en cada oportunidad. Pero aquello que seguro no puede mostrarse, porque no es simple, porque no vende, es que Dios y el Diablo estén presentes tanto en Dios como en el Diablo, que haya buenos y malos de uno y otro lado. Israel no es Goliat y Hezbollah no es David. Hezbollah no es Dios e Israel no es el Diablo. Hay quienes se asemejan en la necesidad de perpetuar una guerra. Los fanáticos son amigos entre si, comparten la misma concepción del bien: la violencia resuelve las diferencias.

¿Quiénes son nuestros amigos? Nietzsche decía algo así como “mi mejor amigo es mi mejor enemigo”. Ese otro que como un enigma me compele a revisitarme todo el tiempo. Aquel que en su otredad, me arroja contra la mía. Aquel que no es mi semejante, porque no busco asemejarlo, sino extrañarme. Ese “extraño extranjero” al que no entiendo, pero que en esa incomprensión radica mi apertura y mi hospitalidad. Poder toparnos con el otro y en la incomprensión, aprender. Crecer. Mutar. Perseguir una identidad en permanente cambio, concebir lo propio como lo que está abierto a la transformación incesante. Un amigo me desafía. Sus costumbres tan diferentes deben hacerme volver sobre mis propios dogmas. Es probable que nunca entienda la sumisión de la mujer en el Islam, pero es espejo deformante, ya que me muestra la formas no vistas de machismo en nuestras sociedades occidentales. Un amigo me interpela, me pregunta lo que no puedo responder. Un amigo se me escapa, nunca lo puedo terminar de recorrer, deja siempre abierto un sendero extraño. Aquel camino misterioso que me convoca a realizar mi finitud.

¿Quiénes son nuestros amigos? ¿Los semejantes? ¿Los recíprocos? Nietzsche dice que la amistad es un don. Uno da, y punto. No hay ley, ni contrato, ni reglamento. Solo un acto de amor al otro, pero al peor otro, al que según mis parámetros de semejanza, no se lo merece. La fidelidad es una donación, es un regalo. Cuando la fidelidad se vuelve un contrato, ya no hay don, no hay donar, no hay un dar. Pero lo complejo es dar a lo que no se asemeja, porque uno no sabe qué recibirá a cambio. Tal vez nada, tal vez lo que uno no espera. Blanchot dice que en la amistad “uno da lo que no posee”, ya que uno no sabe que lo que está dando no es más que la capacidad con que el otro se siente un extraño ante mi presencia. Generar en el otro extrañamiento es ayudarnos mutuamente a inter-extrañarnos, y por ello a auto-extrañarnos. Si a un amigo lo busco para que me calme, más eficiente es un Lexotanil. Si a un amigo lo elijo por reciprocidad, más productivo es un asalariado. Si a un amigo lo acepto por semejanza, más efectivo es un espejo.

Los judíos sabemos de amistad. Hemos sido y seguimos siendo los extraños que extrañan a otros. Los judíos sabemos de diferencias, hemos leído y releído los textos hasta el hartazgo, seguimos y seguiremos construyéndonos, en el alejamiento de la Torre de Babel. Los judíos sabemos de paz. Por ausencia, por deseo. Vivimos en guerra desde siempre, y vivimos en guerra entre nosotros. Hezbollah y el presidente de Irán nos empujan a la guerra. Y hay que defenderse. El asesino de Rabin y el fanatismo belicista nos empujan a la guerra. Y hay que defenderse.

Mis amigos son los muertos, aquellos que no entendían nada mientras morían. Mis amigos son los soldados rasos, los jóvenes soldados que menos entendían mientras mataban y morían. Mis amigos son los hombres, oculto concepto bastardeado entre banderas y proclamas por imponer una noción única y cerrada de la naturaleza humana. Mis amigos son los míos, pero también los suyos, todos los que no entienden, pero no pueden crecer en la incomprensión, ya que en la guerra no hay tiempo para extrañarse. Soy amigo del Estado de Israel y soy amigo de un estado palestino. Soy amigo también de los renunciantes “ex judíos” y de los reduccionistas “mejores judíos de todos”, porque ellos me han hecho repensar acerca de mi condición; y soy amigo de mis enemigos, porque ellos me hacen toparme segundo a segundo con mis bajezas y con mis propias contradicciones.

La amistad es amor. Nunca me gustó la frase de Golda Meir, “habrá paz, cuando amen a sus hijos más de lo que nos odian a nosotros”. En todo caso, no hay un ellos ni un nosotros. Habrá paz cuando uno se deje de amar tanto a si mismo y empiece a poder amar a los otros.